



Perspectivas de la crisis argentina

Emilio Fontela

- **La dolarización de la economía argentina era insostenible y la devaluación del peso tenía que llegar tarde o temprano.**
- **Con un importante apoyo del FMI regresarán los capitales flotantes; la recuperación puede ser rápida, pero requiere un importante programa de inversiones públicas.**
- **A medio y largo plazo, Argentina debe optar por una consolidación del proceso de integración del Mercosur.**

En economía, aunque la historia imparte innumerables lecciones, nunca se acaba aprendiendo del todo.

A finales de 1989 la economía argentina se encontraba en profunda crisis: hiperinflación (subidas de precios del 200% en un mes), recesión, paro, desórdenes públicos. El programa de reformas liberalizadoras del Gobierno redujo el déficit público y la inflación, y adoptó el 1 de abril de 1991, la Ley de Convertibilidad que fijaba la paridad peso-dólar. Fue una maniobra macroeconómica brillante. El país empezó a respirar, y entre 1991 y 1994 la tasa anual media de crecimiento del PIB fue de un 7,7%. Aflúan las inversiones que compensaban el insuficiente ahorro interno, y el Estado equilibraba su déficit estructural vendiendo activos. Fueron años de grandes privatizaciones.

La prensa mundial celebraba con entusiasmo una demostración patente del éxito de la medicina del Consenso de Washington: la ortodoxia argentina de la desregulación, privatización y liberalización era ejemplar.

En 1995, el efecto tequila puso en evidencia el talón de Aquiles del sistema argentino. En pocas semanas los depósitos bancarios disminuyeron en un 17,6% (8.000 millones de \$) y las reservas en un 30% (4.500 millones de \$). El país se despertó con una disminución apabullante de la masa monetaria; los pesos/dólares se habían evaporado. La recesión fue cruel (-8,1% en el tercer trimestre, -7,7% en el cuarto).

Pero las cosas no fueron a mayores. El FMI puso 12 mil millones de dólares para apoyar el Plan de Convertibilidad, y en pocas semanas había vuelto la calma. Los mercados financieros terminaban al alza a finales de 1995.

Las autoridades, los organismos internacionales, los expertos y hasta los inversores pronto se olvidaron de las consecuencias de una desmonetización en un sistema dolarizado cuando los capitales en lugar de acudir, vuelan hacia otros mercados. Un dólar = un peso; el orgullo paralizaba la razón.

Y lo que cabía esperar se produce. En 1999 se empieza a ralentizar la economía y se entra en un círculo vicioso. A medida que bajan las expectativas, la inversión disminuye, los capitales salen del país, y la recesión se instala. El PIB disminuye en un 3,1% en 1999, en un 0,5% en el 2000. La lucha contra la recesión hace que el país aumente su endeudamiento externo. A finales del 2000 el servicio de la deuda externa absorbe la totalidad de las exportaciones de bienes y servicios.

El ministro Cavallo intenta en el 2001 restablecer la confianza internacional, y el FMI le apoya. Pero las condiciones ya no son las de 1991. Todo lo privatizable ya está privatizado. El dinero sigue volando al exterior: los depósitos bancarios disminuyen en 5,4 miles de millones de dólares en el mes de julio 2001, y el crédito al sector privado disminuye en un 8% durante la primera mitad del año.

Cavallo y el FMI creen que la principal causa de la crisis de confianza reside en el déficit fiscal (que por cierto, es comparativamente modesto, con un 3,2% del PIB; cuando en Brasil es de un 3,5%), y a finales de julio el Congreso aprueba una Ley de Déficit Cero.

Políticas restrictivas en una situación de evidente recesión, la crisis final es inevitable. La dolarización ha dado de sí todo lo que podía, y deja paso a los cambios flexibles. El 3 de agosto 2001 el Director General del FMI, Kohler, señalaba la gran importancia del éxito del Plan de Convertibilidad argentino. El 15 de enero 2002, el director para el Hemisferio Occidental del FMI, Loser, dice "el sistema cambiario, ya con flexibilidad, permitirá una economía más competitiva".

La defensa argentina de la dolarización ha sido heroica, pero deja muchos muertos en el campo de batalla.

Esta retrospectiva era indispensable para encuadrar las perspectivas de la economía argentina. De la noche a la mañana el país tiene que cambiar su política económica y cabe preguntarse en que dirección lo hará.

Con una visión de futuro, la solución más sensata consiste en el acercamiento al Mercosur, o sea a Brasil, para consolidar una política monetaria común estrechamente coordinada. Con la dolarización, Argentina jugaba con dos barajas en EE.UU. y en el Mercosur; ahora ya no puede. La UE ha demostrado lo importante que es para estabilizar países estructuralmente inestables, un acercamiento institucional, la creación de un mercado único, y en última instancia, de una moneda única.

Conviene ser optimista a medio y largo plazo; el país tiene recursos y ofrece oportunidades. La inversión extranjera regresará a Argentina, si detecta que el gran mercado latino-americano (la ampliación de Mercosur es siempre posible y deseable) es algo más que un acuerdo comercial.

A más corto plazo, es de esperar que la recuperación sea rápida. Como en 1995, el nuevo Gobierno puede recibir un apoyo suficiente del FMI para recuperar los capitales flotantes especulativos que huyeron el año pasado. Pero convendría intentar convencer a las finanzas internacionales que el objetivo de déficit cero únicamente es realista a largo plazo. Ahora el país necesita inversiones públicas para reactivar la demanda. Keynes aún sigue diciendo cosas sensatas cuando hay recesiones y deflaciones, como en el caso en Argentina. El sector público no puede eludir sus responsabilidades si quiere que siga existiendo una economía de mercado.